

## La educación sentimental en la familia

### 1.- Sentir la verdad.

C. S. Lewis, el autor de "Las Crónicas de Narnia", entre sus muchas obras, escribió un opúsculo denominado "La Abolición del Hombre" en el que aborda un tema muy actual: la existencia de valores objetivos o, si se prefiere, la objetividad de la ley natural frente al subjetivismo y relativismo.

En su argumentación hay una idea, ya presente en los clásicos —él mismo cita a Platón y Aristóteles—, que tiene, a mi juicio, una incidencia grande en la educación de nuestros hijos. El autor, con su peculiar ingenio y agudeza la enuncia y ejemplifica así: *Sin la ayuda de sentimientos orientados, el intelecto es débil frente al organismo animal. Yo jugaría antes a las cartas con un hombre escéptico respecto a la ética pero educado en la creencia de que "un caballero no hace trampas" que con un intachable filósofo moral que haya sido educado entre estafadores. En medio de una guerra no serán los silogismos los que mantendrán firmes los nervios y los músculos tras tres horas de bombardeo. El sentimentalismo más burdo hacia una bandera, un país o un regimiento sería más útil.*

En otras palabras, ya podemos esforzarnos los padres en transmitir a nuestros hijos las más grandes y bellas verdades o los más altos principios, que si no les hemos enseñado a "sentir" —así: *sentir*— agrado y simpatía por lo que "en verdad" y no "en apetencia" es grato y simpático, y disgusto y repulsa por aquello que, también "realmente", es desagradable o repugnante, todos nuestros esfuerzos pueden ser en vano. Si, cuando llegue el momento de la reflexión y nuestros hijos sean capaces de reconocer con la inteligencia aquellas grandes o pequeñas verdades que hayamos sabido transmitirles, no han aprendido a sentirlas y nadie les ha enseñado a aborrecer lo detestable y gustar lo amable (en el sentido de digno de ser amado), si sus sentimientos no han sido educados parejamente a su entendimiento y, por el contrario, han campado arbitraria y caprichosamente por sus anchas, serán incapaces de admitir esas verdades porque, aunque quieran, no podrán ni sabrán vivirlas y sentirlas como propias.

### 2.- Sentimientos y condición personal.

Durante muchos años se nos ha enseñado a educar y hemos educado conforme al Coeficiente Intelectual de nuestros hijos: lo importante es que saque buenas notas, que comprenda las verdades que les transmitimos... y desde luego lo es, pero ya no existe ninguna duda de que el CI abarca solo una estrecha franja de habilidades lingüísticas y matemáticas que, a lo sumo, podrán indicar una previsión de éxito

académico, y solo en un determinado tipo de evaluación, digamos, tradicional.

Por alguna razón oculta, la educación sentimental no ha merecido mucha atención entre los expertos hasta años recientes, como si los sentimientos vinieran dados de manera inmodificable.

Sin embargo, nadie que no sea una almeja piensa ni vive en el vacío emocional, la afectividad es una estructura vertical que afecta a todas las dimensiones de la persona humana, desde lo más corporal hasta lo más espiritual. No es mera reacción ni mera tendencia, sino que forma parte de nuestra propia constitución personal, es el modo en que nos sentimos y nos vivimos a nosotros mismos. (K. Wojtyła).

Y este modo de sentirnos va a tener una gran influencia en nuestra vida, pues, como afirma Julián Marías que *no se piensa con el cerebro, sino con la vida*. Y los sentimientos forman parte de nuestra vida. Las auténticas decisiones no las hemos tomado solo con la cabeza, ni solo con el corazón o con la voluntad, sino con todo ello, con lo que podríamos llamar nuestra "condición personal", aquello que somos y con lo que nos identificamos.

Decía C. S. Lewis, el autor de Las Crónicas de Narnia, respecto de la afectividad que *"se podría incluso decir que es por este elemento intermedio que el hombre es hombre: por su intelecto es mero espíritu y por su instinto es mero animal"*.

Benedicto XVI ha insistido también ("Dios es amor") en esta idea al hablar del amor humano, que requiere eros (sentimiento, deseo, atracción) y agapé (voluntad, inteligencia, decisión) para ser completo y cabalmente humano.

La afectividad es, pues, una parte estructural de la persona, pero no es inmutable. Resulta útil, en relación con esta cuestión, la distinción clásica entre carácter y temperamento.

### **3.- Libertad emocional.**

El carácter es adquirido, mientras que el temperamento es heredado. El carácter se forja a fuerza de *atemperar*, es decir, de acomodar el temperamento, la afectividad, los sentimientos, a la verdad, porque, aunque heredado, no es intangible ni inalterable, como muestran un día tras otro el marketing, la publicidad, la retórica, la demagogia...

El objetivo de toda educación del carácter es alcanzar lo que Alejandro Llano denomina la "libertad emocional", que consiste en "la integración positiva de los sentimientos y pasiones en la recta comprensión del mundo y de uno mismo", es decir, en lograr sentir las cosas como son, que nos parezca y sintamos como bueno lo que es bueno y como malo lo que es malo.

Aristóteles llamaba a la libertad humana "deseo inteligente" o "inteligencia deseosa" (ahora se llama con aire de novedad "inteligencia

emocional’): cuando hemos logrado sentir las cosas como son, nuestros sentimientos han dejado de ser respuestas automáticas a estímulos y nuestras emociones constituirán la manifestación de hábitos bien arraigados.

En el fondo, esta educación de los sentimientos pasa por la adquisición de hábitos desde pequeños, hábitos que ayuden a ordenar las tendencias y emociones para armonizarlas y adecuarlas a la verdad o a lo más conveniente. No nos ha de extrañar que muchas veces hallemos el sentimiento en el acostumbramiento (el roce hace el cariño, se ha dicho siempre). Ante las prácticas nuevas y desconocidas nos ‘sentimos’ raros..., pero con el tiempo las hacemos nuestras y llegan a formar parte de nuestra estructura sentimental, llegamos casi a necesitarlas. Toda situación o entorno nuevo se nos hacen extraños, no los sentimos como propios hasta que el paso del tiempo unido a nuestro esfuerzo, interés, entusiasmo..., logra integrar nuestros sentimientos en la nueva realidad, como sucede, por ejemplo, con los pequeños o grandes cambios y renuncias que exigen los primeros meses de matrimonio.

Ahora bien, se ha insistido tanto en el aspecto repetitivo de la virtud que no pocas veces se desfigura, confundiéndola con la mera costumbre o rutina, donde suele desembocar la mera repetición de actos. Es verdad que la virtud (esa segunda naturaleza que nos facilita cierto tipo de acciones) solo se adquiere operativamente —acto a acto—, pero lo importante no es el número de acciones, sino su intensidad, su capacidad para modelar la personalidad, en definitiva el amor que en ellas se pone. Hay que poner el corazón, lo cual, dicho sea de paso, nos interpela como padres: ¿Cómo cumplimos nuestros deberes? ¿Cómo amamos a nuestras/os esposas/os?

#### **4.- Autenticidad.**

Lo que logra la virtud es la adaptación del temperamento —y, en él, el sentimiento— a la verdad, lo que podríamos llamar autenticidad. Los jóvenes, y aun nosotros, confunden fácilmente lo auténtico con lo espontáneo y piensan, equivocadamente, que la autenticidad se logra a fuerza de espontaneidad.

Lo espontáneo es lo que surge sin esfuerzo, de modo que para un asesino, matar es espontáneo, como lo es para un caradura dejarnos plantados en una cita o para un perezoso no levantarse de la cama.

Lo auténtico, en cambio, es lo que surge de mí mismo, a veces espontáneamente, a veces con esfuerzo, entrenamiento y capacidad de distanciamiento respecto a los impulsos inmediatos.

La espontaneidad no consiste en dejarse llevar, eso es la tiranía de las tendencias. La espontaneidad es una conquista, y se consigue de verdad cuando uno logra que le salga sin pensar lo que él realmente es y quiere ser. Se da, pues, cuando la máquina opera sin esfuerzo, que es

precisamente lo que aporta la virtud, pero el ámbito de la espontaneidad, el terreno de juego los decidimos nosotros, a veces con no poco esfuerzo. Las acciones y las reacciones se producen espontáneamente porque yo me he acostumbrado o me he empeñado en que lo sean, puesto que todos y cada uno de los actos que realizo me modelan como persona. No es cierto que haya personas buenas que hagan cosas buenas y otras malas que las hagan malas, como si la bondad o la maldad nos tocaran en una suerte de lotería de la vida. No, la ecuación correcta es la contraria: en la medida en que hago cosas buenas, en que opero la bondad, me hago bueno y en la medida en que opero la iniquidad, me hago malo.

Todo acto me modela como persona. A los quince años era para mí espontáneo decir muchos tacos, y ahora lo es no hacerlo, hasta el punto que me tengo que violentar para decirlos, al igual que entonces me tenía que forzar para dejar de proferirlos. En fin de cuentas, a partir de cierta edad es espontáneo lo que yo he querido que lo sea.

### **5.- Querer el deber.**

Los sentimientos son buenos —o pueden serlo—, pero no son un criterio moral definitivo (A. Llano). La plenitud, la felicidad —o el camino hacia ella— no consiste en hacer lo que uno quiere, sino en querer lo que uno debe (hacer).

Esta es la meta de toda acción educativa respecto de los hijos: lograr no solo que sean buenos, que practiquen el bien, que ya es un paso importante, sino que, además, lo hagan libremente y disfruten haciéndolo. Lo expresa así Joan Costa: *El virtuoso desea lo que debe hacer, cómo debe hacerlo y cuando debe hacerlo por tratarse de una acción excelente y así se lo indica y ordena la razón. Con un lenguaje más coloquial, el virtuoso es aquel que hace siempre lo que le da la gana, le da la gana hacer lo que es bueno, y justamente esto es lo que le agrada. Por esto está siempre contento. Además, al secundar, tanto la voluntad como las pasiones, aquello que la inteligencia le muestra como bueno, deviene una persona indestructible. No hay ninguna ruptura interior, ninguna fuerza centrípeta siendo así que todos los dinamismos que posee se orientan hacia la misma dirección, que es la consecución del bien verdadero.*

### **6.- Los medios.**

Esta es la meta. ¿Y los medios?

Hay que empezar admitiendo que rige el principio de indeterminación educativa. Es decir, que no existen métodos infalibles, que no hay recetas universales, y cada cual ha de encontrar su propio método.

Ahora bien, hay tres áreas que me parecen irrenunciables:

1. La verdad. Si se trata de que adapten sus sentimientos a la verdad, tendrán que conocer ésta.
  - a) Hay una verdad moral. Dos en un rascacielos.
  - b) Buscarla en libertad. ¿Moral negativa? El amor y sus contornos (“No hagas esto’ equivale a decir ‘tienes que hacer otra cosa’”).
  - c) Plantear grandes ideales.
  - d) Vivir la verdad... y verla vivida.
  
2. Dominio de la voluntad.
  - a) Exigencia. Convivir con malas caras.
  - b) Sobriedad. “tengo, no soy tenido”. Soy dueño de mí mismo. No ‘ya veré si puedo ir’, sino ‘iré’. Renuncias.
  
3. Comunidad y acompañamiento.

La formación del carácter tiene una decisiva dimensión comunitaria.

Hay que crear ambientes fértiles, estimulantes, donde la virtud se aprecie, donde encuentren ejemplos, modelos imitables. Siempre recordando aquella advertencia de Romano Guardini: *el factor más eficaz para educar es cómo es el educador; el segundo, lo que hace; el tercero, lo que dice*”.

¿Quieres saber si tu hijo está siendo bien educado? Olvídate de lo que hacen los monitores y preocúpate en conocer cómo viven. Familia, actividades, colegio, preceptores, clubs, monitores, amigos...

Excursus: El pudor según K. Wojtyla (en parte).

El pudor está presente en el hombre porque tiene intimidad. Tiende a ocultar hechos exteriores o estados interiores. Pero este disimulo no está directamente vinculado a algo malo (hay quien, por pudor, disimula lo bueno). No es, pues, primariamente moral, sino que se vincula a la experiencia de no querer exteriorizar lo que ha de permanecer oculto en la intimidad de la persona. El pudor, eso sí, es el germen de la castidad. Pudor sexual: respecto de las partes y órganos que determinan el sexo. Para evitar que el otro confunda lo que ve con lo que soy: *mi cuerpo es más que mi cuerpo*, pretende decir el pudor.



Su primera manifestación es el vestido, que tiene que ver también con la manifestación de mi personalidad, que se expresa en la forma de vestir, que individualiza mientras que la desnudez estandariza hasta hacer desaparecer la individualidad. Pero pudor no se identifica con vestido ni impudicia con desnudez, pues el vestido puede servir tanto para ocultar como para evidenciar los valores sexuales (Madona). Una mujer desnuda que posa para un artista no experimenta pudor, pero si dos jóvenes se asoman a la ventana, siente vergüenza. La desnudez puede cumplir una función objetiva (que el médico me reconozca, unión con mi esposo...) y solo se convierte en impúdica cuando aquella desaparece.

Naturalmente, el pudor es educable. En distintas culturas hay distintas vivencias del pudor. Hay que aceptar que hay una cierta relatividad en la definición de lo impúdico. Sin embargo, el impudor mismo no es relativo, pues lleva a cabo una despersonalización por la sexualidad, que aparece groseramente estándar e indiferenciable. El pudor oculta los valores sexuales para no convertir el cuerpo en mero objeto de placer, en instrumento a disposición del otro, con la degradación que ello supone.

Conviene aquí evitar los extremos, que pueden llevar al pansexualismo de cierta cultura actual o a la pudibundez de ciertas aproximaciones meramente formales y reglamentistas.

#### La vivencia del pudor en el hombre y en la mujer.

Se da aquí una paradoja grande:

El varón tiene una sensualidad más fuerte y acentuada. Percibe los valores sexuales muy corporalmente y los experimenta de manera más instintiva e impetuosa. Es más vulnerable a ver el cuerpo de la mujer como mero objeto de placer. Al mismo tiempo, siente vergüenza por esta tendencia más instintiva que le cuesta controlar.

La mujer experimenta una sensualidad más afectiva, menos corporal, más espiritual, si se quiere. Percibe más los valores personales que los sexuales.

Curiosamente, al no encontrar en sí misma una sensualidad tan fuerte como la del hombre, la mujer siente menos necesidad de esconder su cuerpo, objeto de posible placer, porque le cuesta más concebir la contemplación de un cuerpo desprendido de la persona, del espíritu. Paradójicamente, la mujer, siendo originariamente más casta, le resulta más difícil vivir la experiencia del pudor.

El problema que existe hoy día procede, en gran parte, del abandono de la educación en el pudor a nuestros adolescentes. Las jóvenes no conocen la psicología sexual masculina y viceversa, de modo que al varón no se le enseña que la vivencia de la sexualidad por la mujer exige que él aprenda a integrar la sensualidad en la afectividad, y a la

mujer no se le explica que el varón difícilmente verá afectividad en las demostraciones de sensualidad.

Edith Stein: *Yo pienso que la relación entre alma y cuerpo no es completamente la misma, que la unión natural al cuerpo es de ordinario más íntima en la mujer. Me parece que el alma de la mujer vive y está presente con mayor fuerza en todas las partes del cuerpo y que queda afectada interiormente por todo aquello que ocurre al cuerpo”.*

El pudor, en definitiva, abre el camino al amor porque revela el valor de la persona más allá de sus valores sexuales y embebe estos en una realidad superior.